

★ LOS BRASILEROS ★

cuento de ARIEL ZIMA

—Pero te digo...
—Pero no... salí de ahí
—Están. Los vi.

El palmar hervía bajo el sol de la tarde. Los muchachos, arrojados en la arenisca se escuchaban del calor tras unNarrato, a unos pasos del camión.

Bajando la loma, ondulante, el Río Uruguay se descubría entre los claros del matorral. Del otro lado, en un bajío, se extendían desordenadamente las casillas de los tepes.

—Están bajo el puente —dijo Gregorio, agitando sus pies descalzos al aire—, vinieron moche y se metieron entre los tuyos. Diego se escarbaba los pelos rubios.

—¿Los viste? —dijo, dándose vuelta boca abajo— ¿qué hacen?

—Meten ruido, siempre que tienen meten ruido.

—Están bajo el puente... —murmuró Diego—, al lado de la Laura Cardozo.

—¿Le avisamos? —preguntó Gregorio inseguro.

—No le avisamos nada, eso es cosa de ella, es mejor no armarse a ese rancho.

—Sería mejor decirle a la federal, la otra vez hicieron lo mismo. De seguro que están por pasar algo.

—No le avisamos nada a la federal; es mejor estar tranquilos —dijo Diego.

—Pero si no los viste; trajeron botellas y juegan a ese juego con los dedos.

—¿Y por qué no dijiste, zonzo! —exclamó Diego levantándose.

Pisaban arena ardiente; a grandes trancos fueron bajando la barranquita.

—Pero esto no me lo pierdo —dijo Diego—, estos brasileños cuando traen botellas y

juegan a ese juego se ponen hechos unos fieras. Vale la pena espiarlos.

Bordeaban el riacho, escondiéndose entre los arbustos. —Pero había que avisarle a la federal —dijo Gregorio.

—Dejáte de federal, morochito, vamos a ver cómo se ponen estos brasileños cuando agarran la curda.

Llegaron cerca del puente y se refugiaron detrás de unas matas.

—Pero si ahí están —dijo Diego—, son cuatro y tienen botellas.

—Hay que ir a lo de los Cardozo, la Laura está sola, y cuando éstos tienen botellas y juegan así, ninguna hembra sola está segura.

—No vamos nada a lo de los Cardozo. ¡Mirá, mirá!

Los muchachos protegidos por la vegetación observaban a los cuatro hombres que estaban sentados bajo el puente. Cada uno tenía unas botellas de aguardiente a su lado y de vez en cuando levantaban las manos huesudas.

—Tres a dois —dijo uno.

Otro levantaba la mano y la bajaba.

—Tres a tres.

—El tercero, golpeando con una madera, tomó un largo trago de aguardiente.

—Cuatro a tres —dijo el cuarto—. Sejan hombres.

Todos rieron y golpearon con las maderas en los muslos desnudos de sus compañeros.

—Sao pequeninhos.

Todos vacilaron las botellas y volvieron a reír.

—Ya están —dijo Diego al oído de Gregorio—, se han tomado casi todas las botellas.

Uno de los hombre se levantó y tambaleándose orinó en

cima de los otros; todos se revolcaron en la arena lanzando roncas carcajadas hasta quedar tumbados, con las caras húmedas al sol.

Del río llegaba a ratos el ruido intermitente de las lanchas.

—Se durmieron —dijo Gregorio—, vamos.

Los muchachos se acercaron al lugar donde estaban los hombres, con los cuerpos cubiertos de moscas, tocaron los revólveres que asomaban sobre los cintos, olieron las botellas y volvieron a esconderse detrás de las matas. Allí esperaron varias horas.

Al atardecer un camión se acercaba por la carretera. Los hombres empezaron a despertarse.

—Chegan los dulces —dijo uno.

—Chegan —dijeron los otros.

El camión se detuvo en una hondonada y alguien descendió unos enormes bultos. Luego continuó la marcha hasta perderse detrás de las palmeras.

—Un rancho —dijo uno, señalando la casilla.

—Gregorio se agitó dándole un codazo a Diego.

—Pero si se van derecho a lo de la Laura, yo le aviso a la federal.

Los hombres avanzaron hasta el rancho y empezaron a dar vueltas alrededor, mirando por las rendijas de las chapas.

—Van a hacerlo te digo, vamos a la federal.

—No morochito, no vamos a la federal.

—Ahora juegan otra vez a ese juego, vamos a la federal, te digo.

—¿Qué está Laura, mirá, la

vieron y no dejan de jugar a ese juego.

De lejos se oían las voces de los hombres.

—Cinco a dois.
—Cinco a tres.

Laura estaba parada en la puerta de la casilla. Los hombres dejaron de jugar y se acercaron a ella. Uno dijo: negra meninca.

Los muchachos detrás de las matas se agitaban cada vez más.

—Vamos a la federal —dijo Gregorio—, lo van a hacer y después pasan eso que dejó el camión, la otra vez fue igual.

—Ya está —dijo Diego—, Laura se ríe.

Los hombres volvieron a jugar.

—Seis contra dois. Eu vou primeiro.

—Eu.

—Eu.

—La agarraron —dijo Gregorio saltando—, vamos a la federal.

Laura estaba en el suelo con la bata en girones, los hombres la cubrían totalmente.

—Vamos, vamos —dijo Gregorio, tirando de la mano a Diego.

Corrieron.

—Es mejor no meterse. Yo no voy, andá vos si querés.

Estaban en el camino, el puesto de la policía quedaba detrás de las lomas, Gregorio iba adelante.

—¿No venís? —preguntó Diego se encogió de hombros.

Cuando Gregorio se acercó al puesto había cuatro gendarmes tomando mate. Gregorio pisó con sus pies descalzos las baldosas y quedó parado, esperando que alguien le hablara. Por fin el oficial le preguntó:

—¿Qué andás queriendo vos?

—Mire lo que pasa, Tafi brasileños —dijo.

—¿Y...? —preguntó el oficial—. ¡Qué hay con eso!

—Tienen botellas y juegan a un juego con los dedos.

—Y para eso me venís a joder —dijo el oficial alcanzándole el mate al gendarme turco.

—Pero se la hacen a la Laura, la de los Cardozo; y tienen algo para contrabandiar por el río.

—¡Ajá... y vos te crees que lo van a pasar? —dijo el oficial levantándose—. ¡Benítez, Paredes, salgan a recorrer y traigan al que encuentren sospechoso!

Los hombres después de cuadrarse y hacerle la venia, montaron en sus caballos y se alejaron en dirección a las casillas.

Gregorio, arrimado a la pared, se ennudaba los dedos

mirando el molinillo de moscas que rodeaban al oficial y al gendarme turco.

Después de media hora los jinetes volvieron con Diego.

—Encontramos a éste junto al rancho de los Cardozo.

—¿Y? ¿Vos qué decís morochito? ¿Era éste el que se la hacía a la de los Cardozo?

—preguntó el oficial a Gregorio, girando lentamente la punta de los pies.

—Y... pero eran los bras... —Detenganlo y traigan a la mujer!

Ahora, los dos muchachos arrimados a la pared miraban fijamente por el marco de la puerta. En el puesto, únicamente se escuchaba el picanete zumbido de las moscas.

Después de un rato trajeron a la Laura que tenía la hermosa cara morena amoratada, los cabellos en desorden y los ojos rojos y desorbitados.

—¿Qué te pasa a vos? —gruñó el oficial—, ¿fué éste?

—dijo señalando a Diego.

—Y, yo... no sé... —murmuró débilmente la muchacha.

—Eran los brasileños —dijo Gregorio—, tenían botellas; yo los vi.

—Vos no viste nada, y no te vengas a envaultonar porque te meto adentro —dijo el oficial secándose el sudor de la cara—, ¡Tafi barra el pisol Estas malditas pulgas...

El gendarme turco tomó la escoba y barrió la arena que cubría el piso del puesto.

—Estas pulgas —dijo el oficial, sacándose una bota y rascándose el pie—, carajo las pulgas.

Luego sólo se escuchó el pesado y picante zumbido de las moscas en el crepúsculo rojo y más tarde el ruido húmedo de los sapos y los grillos. Hasta que un galope irrumpió a lo lejos.

—Mire lo que pasa, Tafi —ordenó el oficial calzándose la bota. El turco saltó con la escoba en la mano.

—Es Molinas —gritó—.

El jinete se recortó en el marco de la entrada.

—Salí el dulce —dijo—, y llegó bien.

El oficial se restregó las manos sonriente, hasta que reparó en los detenidos.

—¿Qué hacen aquí todavía, ¡Váyanse todos y no me vengán más con cuentos porque los meto adentro!

Los dos muchachos y Laura se alejaron por el camino, los tres con las cabezas gachas.

—Pero esos brasileños siempre hacen eso cuando tienen botellas —dijo Gregorio—.

Apuraron el paso porque era hora de comer algo.

Entre Ríos, 1956.

Dibujos fuera de texto por CARLOS ALONSO.



MARIO SPOSITO

EL PADRE

RECUERDO una mañana clara, siempre que vuelvo por el camino aquel donde tu grito era un pájaro lúcido. Con las alas tocaba lado a lado la vida,

Un espejo vuelto al fondo de sí. Una mañana. Volaba sobre tu bicicleta. Entonces era yo tan pequeño que cabía en tu grito, entre tus manos. En ese gesto tuyo que llenaba mi vocación de chicharra. Mis ojos que aprendían a volar en tu palabra. En tu palabra, límite del mundo.

La bicicleta vuela. Y tú me vas diciendo qué canción es aquella que entre las viñas cantan esos cosechadores que tanto te saludan.

Un espejo vuelto al fondo de sí. Fotografías. Hay un adolescente despeinado en el parque. Tiene un libro en la mano. Y una flor. Yo soy una chicharra.

Ahora bien. Recuerdo. Tus manos tienen muchas medallas blancas, muchas líneas ha puesto sobre ellas el cansancio.

Mi padre es el que trepa sonriendo en el andamio hasta verme de nuevo, y a ti, a nosotros todos tan pequeños como entonces era yo, que cabía, en un solo pedazo de su grito.

Penúltimo niño. Diáfano muchachuelo. Hombre tan dulcemente, dulcemente tan hombre. Me busqué tu cogollo más atrás de la voz donde somos tan chicos todavía que hemos vuelto a encontrarnos esa mañana clara, hemos gritado, y los cosechadores sonríen y saludan.

Un espejo vuelto al fondo de sí.

Te sobraba el amor. Mi padre es aquel hombre que anduvo entre las calles repitiendo palabras tan bellas como hermano, que me buscó en la sombra, me convirtió en chicharra, siguió andando la gente y andando en bicicleta.

Y esta tarde lo he visto, un poco solitario, mirar lejanamente, preguntar por las manos del amigo de ayer. Sonreír dulcemente, y su silbido fué, trajo un silvestre pájaro amanecido que se durmió en su pecho.

Padre, sé que al final hay un día que florece en la luz. Somos dos y silbamos, tú me miras la cara y en una bicicleta nos marchamos muy lejos.

Mi padre, el penúltimo niño, tiene un gesto de amor: yo quepo en él. Yo soy una chicharra que canta en sus rodillas.

Mario Spósito

LISANDRO MORENO

POETA DESORIENTADO

Descubrí la peluca de mis héroes y el río está oxidado. Usan valet los árboles. Se escapó mi paloma con un gallo.

Ya la lluvia no regala muestras gratis ni da informes la luna por teléfono. La muerte aprende el rock y la sonrisa, no quiere saber nada.

El suicidio, con gripe. Las rosas, no reciben. Mi canto, está en la radio. Mi imagen, en el cine.

Los sueños han fundado sindicato, las golondrinas hacen inventario, hubo corchos de luz en las luciérnagas, la angustia se me casa en primavera y la soledad, becada, se fué a estudiar montañas.

El dolor, gerente principal de mi poesía, coimea a los dentistas, y el estrotero hombre con mayúscula, no quiere trabajar en mis poemas.

Se me fué con un chófer mi buena amada. Gran dios de los poetas, no tengo de qué hablar. Estoy desorientado.

Lisandro Moreno



ALBERTO ETCHEGARAY

NANA

ATORMENTADO y blanco pan de sangre: una mañana saltarás del lecho y allí, donde la lágrima evidente vibra, como una alarma de pupilas, tus tiendas de parejas, numeradas, parecidas a fuegos de distancia, se vestirán de posesivas manos buscando horas caídas para hallarte; pero te has ido demasiado lejos, sumergida de famas infinitas como los héroes ciegos. Rueda seguramente destinada.

Carne nupcial, Cristal, cristal rebelde. Ay de profundidad, temperatura. Yo te vi, bajo el fondo de la tinta sufrir, llena de esquirolas como inviernos con una cruz de fiebre en las pupilas y un funcionario corazón de curvas. Agitabas violetas en la noche como quien alza un niño a las estrellas, pero yo estaba entonces amarillo de arena artificial y sedentaria, inaugurando hazñas generales, repitiendo semillas sin origen para una libertad de muro y piedra. Era la luz del mármol y las losas. La luz diferencial: lanza o mejilla.

Mientras las voces de tenor metálico horadaban idénticos silencios, yo te vi detenerte fuzgamente e intercambiar calor sobre las sábanas, refugiando tu sed, tu sed nocturna, en una feria enana de botellas.

Hay un límite opaco donde todos los seres y las cosas se detienen, devolviendo sus nombres transitorios, inexorablemente concluidos. En la curva total de lo que existe, permanente en espera de lo oscuro, recorres tu final largo de trenzas, ceniza, nada más, sustancia ardida, golpeando el soberano vals de novia con tu rama de aceite y de sentidos, y ésa, tu ola única de gracia sólo ha de ser, para los que edifican barreras de papel y pergamino, la escandalosa curva enrojecida, la escama de calor que emerge y anda salvaje y primitiva como vena.

Yo confieso, cien veces con mis labios he rozado tu nombre indefinido, tu piel de sal, tu amor circulatorio, humo caliente que disuelve el alba.

Naná, lenta Naná, patria mordida, entre tiempos de flores sin raíces y cadenas de cuerpos sin espacio tu cicatriz de alga con ojeras está esperando su soñado turno. Pues antes de tu lluvia repetida y después de tus muslos y tus brazos, el bien y el mal son furias calculadas, mármoles, bronceos, losas, dos estatuas. Su amigo siempre le esca-

★ MERCEDES ★

Cuento de JORGE ONETTI

Desde el comedor, su padre volvió a insultar minuciosamente. No entendió a quién y no importaba. Había estado así desde el fin de la cena: injuriando con la tonta escrupulosidad de los borrachos.

Eduardo se rascó la entrepierna.

Tirado en su cama, admitía que las sábanas se fueran pegando a la humedad de su espalda.

—¡Viejo maricón! —mordió. La frase le dió energías y encendió un cigarrillo. El humo se enroscaba hacia el cielo raso, iluminado por el farol de la calle que introducía una luz geométrica. Vió a su padre, proyectado contra el techo, en innumerales desplantes de rebeldía.

—Rebelarse y aceptar; es todo cuanto ha hecho en su vida —murmuró con el cigarrillo en la boca y apartó un mechón que le caldeaba la frente.

Quedó un rato con el techo en blanco. Un tropezar y unas blasfemias murieron en el dormitorio de sus padres. La imagen de su madre llorando llenó el cielo raso. La quería; sin embargo, le mortificaba que aguantara a su padre, que aceptara la pequeñez de ese despota lloroso.

Para ahuyentar la visión, encendió la luz y pasó por el cuarto una mirada que deseaba asombrarse. Volvió a encontrar la biblioteca, el cartelón de turismo y el desorden de los discos junto al combinado.

Se echó sobre un costado y vió, con disgusto, los libros de estudio sobre la mesa. Todo el desgano que acumulaba el colchón pareció atrapararlo. Papá no quiere comprenderme —pensó— y mamá está demasiado aborta en su propio fracaso. Todo lo asqueó; hasta ese cigarrillo importado.

En el techo nació un paisaje, un rostro desconocido de mujer, una fecha cualquiera. "El mes que viene cumplo veintitrés años."

—Debo hacer algo —murmuró. —¿Qué? Algo.

No hacer el novio como Santiago. Era increíble pero todas las teorías que tenía sobre el amor habían claudicado. Y ante esa mujer.

Pensar que había sido desde siempre su mejor amigo, que juntos descubrieron a Le Corbusier, a Gillespie, que juntos hallaron la manera de fumar cigarrillos importados, prescindiendo del contrabando. Y tantas cosas.

Importante era lo que habían realizado juntos. Pero notó con pena que sólo quedaban unas pocas pruebas mezquinas: el modelo de planeador, dos corbatas, varios discos y la maqueta olvidada sobre el ropero.

Importante era lo que habían realizado juntos. Pero notó con pena que sólo quedaban unas pocas pruebas mezquinas: el modelo de planeador, dos corbatas, varios discos y la maqueta olvidada sobre el ropero. Su amigo siempre le esca-

timó otras relaciones, pero era preciso aceptar que la suya no admitía terceros.

Desde el noviazgo de Santiago buscó un pretexto para romper con él. Lo encontró una noche que lo invitaron al teatro. Había muchísimo público y los tres debían ir hasta un palco reservado para el tío de ella que era comensario. Resultaba imposible avanzar, pero llegó un oficial y les abrió paso con la autoridad del uniforme.

Eduardo creyó ruborizarse. Notó que la nuca de Santiago estaba roja y supuso que también sus mejillas porque evitó mirarlo.

Cuando volvió a su casa, cayó de espaldas en su cama con los dientes apretados de humillación. Comprendió que había encontrado el pretexto para no verlo más, para cortar la larga serie de oprobios.

—¡Fui su siriviente! —gritó asombrándose. Lo que más le molestaba era el haber aceptado todo, el reconocerse tan culpable como su amigo.

Esa noche, la de hoy, ultrajada por su padre borracho, perdida como todas, pareció exigirle que se pronunciará, empujarlo a la acción.

El sueño le llegó sin transición. En realidad, su vigilia no era fundamentalmente distinta.

Al despertar fué a ver a su madre y le pidió prestado el automóvil.

—Claro que podés sacarlo, Eduardo, pero preguntale a papá si no lo precisa.

Eduardo se fué sin decir nada, indignado por esa bondad pasiva.

—¡Que se vaya a rogar al elefante! —No quiso y trató de conseguir algún vehículo. Pronto obtuvo una motocicleta prestada.

Con la bolsa del club al hombro, partió tras el estruendo del escape. Pero a las pocas cuadras, el aire que golpeaba su cara fué un anticipo de soledad y comprendió que deseaba estar a solas con alguien para comentar la imposibilidad de la comprensión y de la compañía. Alguien que supiera, como él, lo inaguantable que es la gente.

—Voy a buscar a Eddie para que me acompañe.

Con dos bocinazos lo sacó de su casa. Eddie apareció metiéndose los faldones de su camisa escocesa bajo los pantalones desteñidos.

—¿Vamos al club?

El otro lo miró desde la verja. Se hacía el dormido, parpadeaba bajo el pelo enredado tratando de calcular el monto de la diversión que se le ofrecía.

—Esperame que aviso en casa.

Regresó peinado, las cejas arqueadas por la displancia. Eduardo iba a echarlo, pero sintió que lo precisaba.

Partieron, La máquina res-

pondía; ya era algo. Se fueron disgustando cada vez menos ante los policías, hasta que tomaron la ruta y levantaron arriba de cien.

Eso ya era mejor. Recordó cuando en lugar de Eddie iba Santiago. «Sollan detenerse para mirar el paisaje, algún rincón especial o ciertas construcciones audaces por su mal gusto o por su concepción moderna. Pero sabía que con Eddie a sus espaldas (que consentiría siempre hasta conocer todo lo que su compañero pudiera enseñarle para dedicarse, cuando llegara la hora, activamente al comercio, a las mujeres y a olvidar que casi todas sus opiniones eran prestadas), con ese chico que sabía muy bien lo poco que quería de la vida, era grotesco intentar cualquier tipo de acercamiento.

Era necesario usarlo para lo que servía. Por eso aceleró en la curva hasta atropellar a una vieja que cruzaba inadvertida. Eddie rió con grosería y Eduardo se ruborizó porque le horrorizaba saberse groguango. Pero algo sucio y débil le impidió arrojar a su compañero en la zanja. No lo toleró por la barata fama de bromista que podía crearle sino porque era el espectador de un hecho del que se sentía responsable.

En el club había poca gente. Se cambiaron con apuro y fueron a echarse bajo los árboles junto al río magro del que habían desentado las regatas.

Eduardo miró los botes podridos por el olvido, la panza en el barro y el resto del maderamen manchado por líquenes y pájaros y supo que él y todos los que lo rodeaban estaban así: hundidos en la inacción, engañados por la falsa dinámica de los gestos, de las posturas y por esa encubierta claudicación que llaman rebeldía.

—¿Qué hacemos esta tarde? —preguntó Eddie.

—¿Por qué no pensás que podemos hacer ahora?

—No tengo ganas de nadar ¿y vos?

No respondió y se fué al muelle.

Las ondas emergían plateadas y se hundían barrosas. Toda la superficie del agua se agitaba inmóvil.

Tratando de tomarse por sorpresa, Eduardo zambulló entre el supuesto zombro de los peces. Nadó hasta que un anticipo de hambre le recorrió el estómago. Regresó junto a Eddie y vió que buscaba un programa de cine en un diario.

—Dame —dijo, y tomó los pliegues que el otro no precisaba. Se tumbó y encendió un cigarrillo. Mirar el follaje de los árboles era reconfortante, pero aburrido; por eso dejó que sus ojos vagaran sobre el papel. Clausuróse ayer... Refirióse el presiden-



te... El momento político requiere... Siempre el caso de la política. Es desesperante saber, pensó, que este de ahora es igual al que echamos. El mismo olor a negraje, las mismas promesas para ignorantes.

Pasó a otra hoja: **Logróse atrapar al asesino de los dos ancianos de Morón, y, más abajo, Asaltaron a un taximetro y diéronse a la fuga.**

Quedó mirando el último titular, las apretadas letras de imprenta que ante su mirada perdían significado y sólo eran un montón de rasgos negros y vulgares.

Para tomar noción de que ante sus ojos había un letrero real, sobre un diario real y en un día determinado, se esforzó en leer aisladamente las palabras que pudo: **taximetro taximetro a un asaltaron a un a la fuga.**

Con un último esfuerzo leyó: **Asaltaron a un taximetro y diéronse a la fuga...** y arrojó el diario sobre el césped.

Eddie, que seguía buscando programas de cine, lo miró y le dijo:

—¿Vamos a ver "La sed"?
—No puedo —contestó para desconcertarlo.

—¿Por qué?
—Porque tengo que hacer.
—Perdoname, pero ¿se puede saber qué?

Eduardo lo miró y notó con desprecio que el otro se permitía el enojo como si no fuera un obscuro, como si no fuera a terminar aceptan-

do cualquier plan que él propusiera. Pero lo que Eduardo quería era demostrarle que era incapaz, ofrecerle algo que lo espantara, que le hiciera notar su inferioridad.

—Se puede saber, pero no se puede divulgar; tengo que asaltar un taxi.

Eddie lo observó un segundo antes de decidirse por la incredulidad y pensó que el humor de su amigo giraba hacia la broma, pero Eduardo lo detuvo con una mirada que logró su propio asombro. Luego se tumbó en el pasto dándole la espalda para que no viera su sonrisa.

De pronto sintió lástima por Eddie, pero también un alivio que lo compensaba de esa horrosa existencia para nada.

El cielo estaba azul; dos voces planeaban sobre el río y el hambre de Eduardo crecía.

Cuando Eddie le tocó el hombro, creyó que su compañero deseaba regresar. Se volvió dispuesto a ser misericordioso, blando.

—¿Qué querés?
—Quiero saber por qué yo no participo.

Al ver el gesto resuelto del otro, Eduardo casi larga la risa, pero enseguida comprendió que lo odiaba.

—Porque no creo que te animes. —respondió.

—¿No serás que estás lantarroneando?

Se miraron, Eduardo recogió sus cosas y caminó hacia los

vestuarios. Su compañero lo siguió.

Siempre sin hablarse, partieron en la moto. El ruido del escape aumentaba el silencio.

Eduardo aguardaba una coyuntura para arreglar la situación, pero no pudo encontrarla. Por eso, al separarse, ordenó:

—Pasá por casa a las siete. Venite preparado.

Notó que el hambre había desaparecido cuando subió a su pieza y se tumbó en la cama. Estuvo tendido con el cerebro y el techo en blanco. Pronto le extrañó que el cielo raso no funcionara y se vio obligado a pensar. Incapaz de razonar, sólo supo que lo apasionaba verse comprometido para un hecho. Sería disparate, pero era acción.

Llegó a creer que su voluntad había intervenido desde el principio, que había conquistado el derecho de actuar.

—Ahora Eddie no importa —dijo— nunca importó. Ahora soy yo quien debe ejecutar un acto crudo.

Había caído de golpe en un mundo de perfiles netos, de una agresividad concreta y sentía que su existencia podía tener efecto sobre el prójimo.

Fue hasta el combinado y colocó una y otra vez el primer disco que encontró. No quería planear, deseaba que toda la estructura del hecho se fuera construyendo espon-

— ...¡Mentira! ¡Ya estás borracho!

— Es un hijito de blu, de bla, de blablablá...

lancamente. Luego debería limitarse a representar su papel lo mejor posible.

En eso oyó el silbido de Eddie y le hizo señas de que subiera. "Puede que venga a desligarse", pensó. Pero al verlo supo que estaba decidido.

Eddie fumaba con rígida soltura y buscaba conversar sobre temas corrientes con sus labios sucios de rictus.

El otro se limitaba a cuidar que el disco ni su indiferencia se interrumpieran. Estuvieron observándose hasta que fué de noche. Cuando las cacerolas comenzaron a sonar en la cocina, dijeron:

—¿Vamos?
—Vamos y salieron con un peso frío contra el vientre.

La noche ya montaba su escenario. Había ordenado su viento y emboscado sus insectos, sus olores, sus ruidos.

—Tendrá que ser un Mercedes.

—Claro —dijo el otro sin saber el porqué.

—Porque así lo tenemos más cerca al tipo.

—Sí.

—Nada de violencia. Mucha limpieza, mucha seriedad, como en una sala de operaciones.

—¿Y si el gallego grita o se defiende?

—Un golpe en la nuca —respondió Eduardo mastigando el asco que le subía a la boca.

No, qué preguntas imbéciles. Debía ser algo perfecto y el chéfer tenía que desempeñar su papel.

Llegaron a Liniers y huyeron de la estación y de las luces. Vieron pasar taxis libres, pero todos de marcas norteamericanas. Eduardo pensó que aun podía evitar toda esa irrealidad, todo ese juego de veras.

Eddie levantó la mano. Un automóvil frenó acentuando el gopcar de las válvulas.

Subieron. Entonces Eduardo descubrió que no había inventado ningún destino.

Atolondradamente murmuró la dirección de su casa. Su compañero le dió un codazo, pero no hubo respuesta.

Debían volver al barrio, cruzar la ciudad hacia el nordeste. Eduardo miraba por la ventanilla, pero sentía la imbecil interrogación de su amigo.

Corrieron interminablemente por Rivadavia. Ya pasado Caballito, Eduardo juntó el coraje suficiente como para observar a su amigo con una mirada oblicua. Eddie con-

templó con obstinación el paso de los edificios. Su cómplice perdió el temor porque creyó descubrir en su rostro el sudor frío de los cobardes.

Se apartaron de Rivadavia hacia el norte. Volvían al punto de partida. El automóvil recorría calles oscuras, sin presencia humana, en esa noche en que los árboles perfumaban el aire.

El Mercedes arrimó a la vereda y aumentó su duro golpeteo.

—¿Cuánto es?

—Venticinco cincuenta.

—Tome — Eduardo adelantó enérgicamente el brazo por sobre el hombro del chéfer, y colocó bajo su nariz tres rojos billetes sin esperar el vuelto.

El automóvil partió. Ellos quedaron de pie, frente a frente, bajo la luz indecisa de los faroles.

—Está bien, viejo. Se nos había ido la mano ¿no? Además, ¿para qué?

—Eduardo le respondió con la espalda y entró en su casa.

—Tu hijo —decía su padre. —Tu hijo siempre de farrá. Un verdadero desagradecido. No se acuerda que su padre existe ni que lo mantiene. Sólo cuando precisa el coche recuerda que aquí hay un viejo no del todo inservible.

—Mentira —lo defendía su madre. —Lo que pasa es que todavía es un chiquillín. Si me parece increíble que tenga ya más de veinte años.

—Es un hijo de mamá —dijo su padre luego de un eructo. —Un hijito de mamá.

—¡Mentira! ¡Ya estás borracho!

—Es un hijito de blu, de bla, de blablablá.

Eduardo se escurrió hasta su pieza. El calor parecía haberse acumulado entre esas paredes. Se fué desnudando lentamente y se echó en la cama.

El farol de la calle introducía su luz prestada.

Desde abajo le llegó la voz afrentosa de su padre, luego el silencio, luego la tos seca que sigue al vómito.

Eduardo se rascó la entrepierna y notó que el techo volvía a funcionar.

Vió trozos de ciudad y se vió en un taxi. Ahora lo acompañaba una mujer de silencio lejano y aroma de manzanas agrias. Entonces él sacaba la Colt y golpeaba al hombre una y otra vez mientras repetía jadeante: "¿Ves cómo puedo hacerlo? ¿Ves que puedo?"

NUEVA EXPRESION

Suplemento al N° 1